



24 HORAS
DE

ANTONIO CASERO

Por Marino GOMEZ-SANTOS

SOBRE la superficie del gran pliego de papel de dibujo, clavado al tablero con cuatro chinchetas, la pluma extiende presurosa verdaderos ríos de tinta negra. Nacen así los toros bravos que corren en camada por el campo y sobre los que destaca, a caballo, la figura gallarda del garrochista.

En ese momento en que acaba de surgir de los puntos de su pluma, allá en la lejanía, la silueta del cortijo, Antonio Casero levanta los ojos de la obra que acaba de realizar y se queda contemplando un largo rato el retrato a la acuarela que él mismo pintó a su mujer, Concha, poco tiempo antes de su muerte.

Antonio Casero se vuelve de espalda al tablero o al caballete para iniciar un monólogo con el retrato de Concha, como si estuviese sentada en su butaca.

En el estudio, centenares de cuadernos de apuntes sobre dos sillas; los tubos de color aparecen destripados después de la jornada de trabajo; de la manivela del caballete cuelga una bota de niño que fue blanca y ahora aparece amarillenta por el tiempo, en la cual Antonio Casero guarda las espátulas.

No sabemos por qué nos resulta algo macabra esta bota infantil colgada del caballete.

—¿Es de un niño muerto, de uno de esos

niños de los aguafuertes de Goya?—preguntamos.

Antonio Casero, que es un buen hombre, lo que se dice un santo varón, sonríe:

—No, no; nada de eso. Esta es una bota del primer par que usó un ahijado mío, que ahora será como usted, y que conservo como recuerdo...

TODO ES RECUERDO

En realidad, aquí todo es recuerdo. Cada objeto tiene una larga historia íntima ligada a la vida de Antonio Casero y a la



crónica de un Madrid en el que su padre era poeta popular, con tertulia propia en una cervería de la glorieta de Bilbao.

En el estudio de Antonio Casero se conservan, fundidos en bronce, los estudios que Lorenzo Coullaut Valera realizó para el monumento a los saineteros y chisperos madrileños; el busto de Galdós, dedicado por su autor, Victorio Macho, a don Antonio Casero; una cabeza de maja, de Vallmitjana y dos obras en bronce, de Aniceto Marinas.

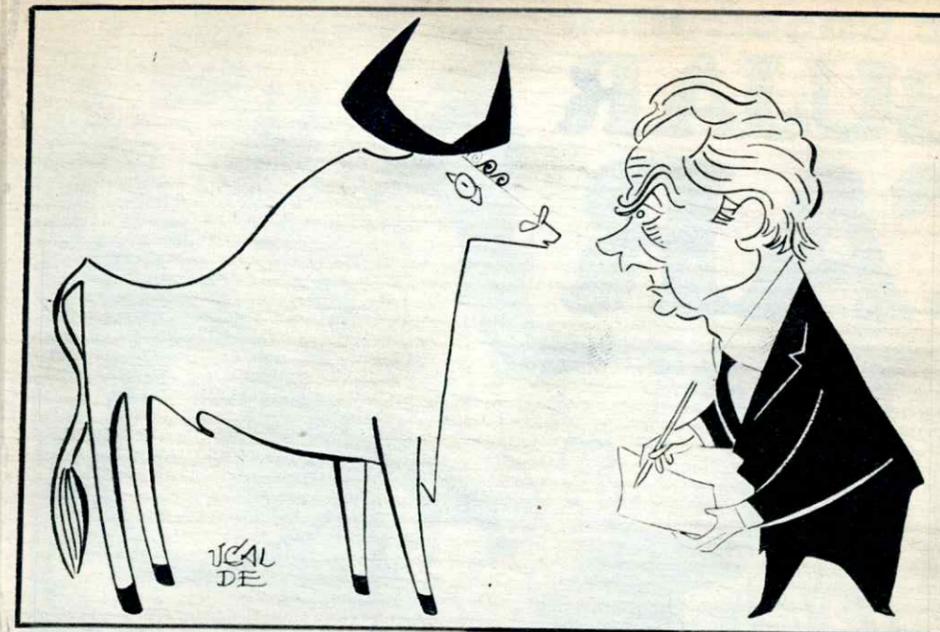
Estas obras y estos artistas, ahora al margen de la actualidad, fueron hace medio siglo la noticia del día. El poeta madrileño Antonio Casero dejó este legado de

arte a su hijo, para que siguiera respirando el ambiente que le había acompañado desde niño.

Antonio Casero vive aquí, en su mundo, todas las horas del día. Por eso no sale apenas de casa.

—Madrid, "mi Madrid", se acaba y, si me apura usted, se acabó. Es otro Madrid distinto, no sé si mejor o peor. A veces me parece que es mejor, aunque don Antonio Díaz Cañabate se enfada conmigo; pero, a veces, sin embargo, me parece peor. Yo salgo con mi cuaderno de dibujo por zonas nuevas de Madrid y comienzo a caminar, pongamos por caso, por la avenida de las Islas Filipinas, que es preciosa. O por otros

sectores de Madrid que tienen muchos árboles, muchos espacios dedicados a jardines, muchos ventanales, mucho sol... Entonces pienso en la calle de Mesón de Paredes, donde no entra el sol y quizá por eso nuestro querido paisano Antonio Sánchez estaba tan macilento. A pesar de ser Mesón de Paredes una calle sombría, era más humana que cualquier otra enclavada en un barrio moderno y luminoso. Si a mí me ocurre algo en una de esas calles del viejo Madrid, en seguida acuden sus vecinos, solícitos, que me dan un vaso de agua, o sacan una silla al portal para que me siente un momento. Por el contrario, en una de esas avenidas modernas si me ocu-



re algo no me oye nadie, aunque todas las casas tengan cristalerías enormes, magníficas terrazas llenas de flores. Me encontraría solo, porque no hay nadie en los balcones.

CUARENTA AÑOS DE SERVICIO

Antonio Casero nació, como ya se sabe o se supone, en Madrid. Tiene ahora setenta y un años "un poco largos", como él gusta decir. Naturalmente, estudió el bachillerato en San Antón, en la calle de la Farmacia, que por algo era hijo de su padre, aquel don Antonio Casero, el poeta madrileño.

—De San Antón pasé a la Universidad de la calle Ancha de San Bernardo para estudiar al carrera de Derecho. A los dos o tres cursos me di cuenta de aquello no me entusiasmaba. Con gran disgusto de mi padre abandoné la carrera.

Ya dibujaba Antonio Casero en el "Heraldo", de Madrid. Ilustraba la poesía de su padre y salía con el cuaderno de dibujo, por esas calles, para captar con el lápiz rincones y tipos madrileños.

—En 1930 mi padre habló con Juan Ignacio Luca de Tena, y algunos días después comenzaba yo a dibujar cosas de toros en ABC y "Blanco y Negro", donde he trabajado ininterrumpidamente. Es decir, que el año que viene cumpla cuarenta años de servicio en Prensa Española.

—¿Qué influyó en usted para que se dedicase a dibujar y pintar temas taurinos?

—También en eso tengo que hablar de mi padre. Allá por 1910, hasta los años de la Gran Guerra, ningún señor llevaba a su hijo con él, sino que se iba solo a la tertulia del café con sus amigos. Pero mi padre me llevaba a mí a todas partes, durante los inviernos en Madrid y en los veranos a San Sebastián o Santander. Y, claro, en Madrid íbamos a los toros, a la plaza vieja, donde estaba abonado a la delantera del tendido 2, números 36 y 37. Al lado estaban don Mariano Benlliure, Luis de Tapia, Ricardo Marín. Y aquí está, precisamente, la almendra de esta historia: Ricardo Marín ocupaba su entrada en el tendido de la plaza, próximo a mi padre, provisto de un magnífico cuaderno de dibujo y sus lápices. Yo le veía tomar apuntes del natural, rapidísimos, con seguridad, con maestría. Y pensaba que cuánto me gustaría a mí poder hacer aquello que estaba viendo.

Antonio Casero se ganó la simpatía de

Ricardo Marín y pudo ver de cerca cómo el maestro tomaba apuntes de las faenas de Joselito, Belmonte, Gaona y de otras figuras del momento. "¿Y tú, no dibujas?", le preguntó un día Ricardo Marín al hijo de su amigo Casero. "Sí, señor; aquí tengo mi cuaderno." Aquella respuesta le gustó, y después de animarle a que tomara un apunte le invitó a que se lo dedicase.

—Fue para mí un gran estímulo. Como una alternativa. Desde entonces no salgo nunca a la calle sin llevar mi cuaderno en el bolsillo por si surge la ocasión de tomar un apunte.

ANTONIO CASERO, EN LOS TOROS

Siempre al lado de su padre en los toros. Hasta que un día conoció a Concha

y se casó. Y poco tiempo después comenzó a ir a la plaza por su cuenta.

—Recuerdo veranos tremendos de calor en los que yo no perdía corrida desde la meseta de toril, donde iban los gorriones, los espontáneos y toda esa gente tan pintoresca y tan estupenda. Las gotas de sudor me caían de la frente al cuaderno, donde dibujaba aquellos caballos que caían en la arena destripados; las espantadas de Rafael "El Gallo"—que para mí ha sido el mejor torero de su época—, el encuentro emocionante del toro con el picador, la verónica maravillosa, la estocada...

Ahora Antonio Casero dibuja desde el palco del Ayuntamiento de Madrid, y sus cuadernos se van llenando de apuntes de las nuevas figuras que surgen; pero su pensamiento está siempre en Rafael "El Gallo" y en Juan Belmonte.

—En esta casa no hay más que dos fotografías de toreros: Rafael y Juan. Los dos están dedicadas, porque yo se lo pedía a amigos comunes, ya que no fui amigo personal de ninguno de los dos. Ni de torero alguno, ni de ganaderos, ni de apoderados. Creo que es mejor así. De los artistas, su arte y cada uno en su sitio. Yo admiro a unos toreros más, a otros menos quizá; pero a todos desde mi humilde rincón.

Antonio Casero tiene en su estudio una estampa de la Virgen de la Almudena junto a las fotografías de los toreros a quien más ha admirado.

—Todos los días le pido a la Virgen de la Almudena por Juan Belmonte.

Pide el sombrero y la gabardina para salir a la calle. Primero se mete el cuaderno de dibujo en el bolsillo y comprueba si tiene las gafas y los rotuladores con que trabaja.

Antes de salir se despide de Concha, ante el retrato que él le pintó. Algo le dice por lo bajo, confidencialmente. Después, con la emoción en los ojos, toma la gabardina con lenta maestría, como un torero viejo maneja el capote. Así la echa al brazo y comienza a caminar con una punta de tela arrastrando, airoso, torera, como podría llevarla el gran Rafael "El Gallo".

Marino GOMEZ-SANTOS

